LARRA DESPUES DE 200 AÑOS DE SU NACIMIENTO, Por Nicolás del Hierro

José Gutiérrez de la Vega (retrato de Mariano José de Larra, 1837) Museo Romántico-Madrid

Podríamos comenzar diciendo que, aparentemente, es sólo un insignificante golpe de calendario en la eternidad de la existencia; pero han transcurrido doscientos años desde aquel 24 de marzo de 1809, cuando, en la madrileña calle de Segovia, edificio de la antigua Casa de la Moneda, donde viviera su abuelo, doña María de los Dolores Sánchez de Castro, alumbrara a la vida un niño al que pusieran el primer nombre del padre: Mariano (don Mariano de **Larra** y Langelot), y un segundo muy de cualquier tiempo: José. Un niño que en su corta existencia de hombre inmortalizara nombres y apellido (Mariano José de Larra) a través de la literatura española, principalmente en el periodismo.

Don **Mariano de Larra**, médico afrancesado, con la pérdida del

dominio napoleónico sobre España, ha de emigrar a Francia con toda la familia en 1813, de donde no regresarían hasta pasados cinco años, tras la amnistía que dictara el monarca español. Es muy probable que estos cinco años en tierras galas, dejaran una firme huella cultural y de carácter en el niño Mariano José; pero no es menos cierto que su pubertad y juventud, recorriendo diversos lugares de España junto a su familia y participando por voluntad propia en grupos de inquietudes socio/políticas, le servirían al joven literato para crearse una personalidad específica que, al verterla sobre las páginas de los diarios y las revistas plasmaría en el periodismo un inigualable estilo que el tiempo ejemplariza y acrecienta.

Sus juveniles años de poeta, representados por odas y algunos sonetos, como los dos dedicados "*a nuestra muy amada reina doña* ***María Cristina de Borbón****, al hallarse en cinta*", del primero de los cuales no me privo en transcribir el cuarteto inicial:

"Guarda ya el seno de Cristina hermosa

vástago incierto de alta dinastía,

y ya la Patria conocer ansía

de quién ha de ser madre cariñosa."

Pero, sobre todo, epigramas y sátiras que, dentro de un estilo calificado como "*poesía útil*", nos han dejado una colección que apenas sobrepasa el medio centenar de poemas o composiciones, de los cuales hay constancia que sólo una docena de los mismos fueron publicados en vida del autor; lo que viene a justificar que ni siquiera en tiempos del más puro romanticismo (Espronceda, Bécquer, Zorrilla, Rosalía de Castro, el propio Larra…) tuvo la poesía apoyo editorial.

Muy diferente sería la difusión y fama que en periodismo alcanzaron sus artículos. Firmados unos con sus nombres y apellido y otros al amparo de "*Fígaro*" o "*El pobrecito*

hablador”, hicieron de Larra el más notable de los escritores que haya tenido el costumbrismo español, tan en moda aquel primer medio siglo, y, sobre todo, distinto a los demás en el modo de satirizar, al tiempo que amar y defender una sociedad que, si bien había salido airosa de una rebeldía armada contra la invasión francesa, no evitó el meterse en guerras carlistas y sucesorias que deformaban los principios de la ética y del entendimiento humanos. No en vano muchos de estos artículos permanecen en reeditados libros o en antologías del género y, sobre todo, están en la mente de no pocos de sus lectores y relectores; artículos con títulos como: *El día de difuntos, En este país, Vuelva usted mañana, El castellano viejo, El desafío de la pena de muerte o Lo que no se puede decir no se debe decir,* en los que la ironía impone su estilo más personal y crece la sátira con la virtud del diccionario.

Cierto que, ya su nombre y obra reflejados en los espejos de la inmortalidad, principalmente mirándose en ellos crónicas y artículos, no hemos de olvidar tampoco al Mariano José de Larra que escribe una novela histórica como lo es *El doncel de don Enrique el Doliente*, ni al audaz crítico de teatro, que al mismo tiempo es autor que llevara a escena comedias tales como *Julia* o *Dos palabras*, y traductor en *El arte de conspirar,* a la que podrían sumarse otra media docena más.

Con sólo 27 años de una fructífera y vital existencia, fue su vida un cúmulo de azares, éxitos literarios y fracasos amorosos que hicieron el conjunto de un hombre y un escritor del romanticismo, hasta el extremo de acabar con su vida tras el disparo de una pistola en la sien la tarde noche del 13 de febrero de 1937, tras la visita a su casa de quien fuera su amante: Dolores Armijo. Y aun siendo cierto que siempre se puso y se pone a Dolores como causa del suicido de Larra, ésta fue sólo la gota que colmara el vaso en la intensa vida del hombre y del escritor, que acaso le faltaba eso, el suicidio, para la inmortalidad de una obra, que si breve en años de productividad fue y es inmensa en el acierto de sus temas y

planteamientos, la contundencia y acierto estético y mordaz de su palabra.